

Rusia diseña un mapamundi riesgoso

La crisis en Ucrania de los últimos tres años tensionó las relaciones diplomáticas y económicas entre Rusia y Occidente hasta un punto cercano al rompimiento. Por primera vez desde el fin de la Guerra Fría una profunda fisura geopolítica amenaza la estabilidad y la paz del continente europeo.

Durante la última década del siglo XX, la Unión Soviética, que surgió como uno de dos centros mundiales de poder después de la Segunda Guerra Mundial, se derrumbó. El proyecto comunista y la creencia de que el progreso económico y social podía acelerarse concentrando los recursos en el Estado sin respetar los derechos individuales, los derechos de propiedad y la división de poderes, se desmoronó estrepitosamente.

El colapso de la Unión Soviética, fruto principalmente de sus propias contradicciones, fortaleció inicialmente la posición internacional de los Estados Unidos y sus aliados occidentales.

La Unión Europea decidió extender su influencia económica y política hacia los países que fueron satélites soviéticos en Europa Central y del Este. La Unión Europea ofreció admitir como miembros plenos a los países dispuestos a instrumentar profundas reformas internas incluyendo liberalizar su organización económica, incorporar las reglas del mercado común y democratizar su sistema político.

El paso posterior fue la incorporación de dichos países a la alianza militar de la OTAN liderada por los Estados Unidos.

El intento fue plenamente exitoso en los países bálticos, en Polonia y en las Repúblicas Checa y Eslovaca. En Bulgaria, Hungría, Rumania, Serbia, Bosnia - Herzegovina y Montenegro subsisten dificultades.

En una etapa más reciente la Unión Europea y la OTAN se propusieron extender su influencia económica y militar hacia países que compartían fronteras e intereses estratégicos y económicos de larga data con Rusia. Me refiero no solo a Ucrania sino también a Bielorrusia, Georgia, Kazakstán y Moldavia.

Estas últimas iniciativas generaron reacciones hostiles por parte de Rusia que consideró la presencia militar de la OTAN en su “periferia cercana” una provocación a su seguridad, a sus intereses vitales y a su sentido de identidad nacional. El gobierno autoritario del presidente Putin aprovechó esas circunstancias para consolidar su popularidad interna con una política ultranacionalista de defensa de los intereses rusos.

La extensión del proyecto económico europeo a países que tradicionalmente fueron parte integral de la esfera de influencia rusa fue percibida por Moscú como una amenaza directa a su proyecto económico de “Integración euroasiático”.

Este plan incluía, además de los países arriba mencionados, a varias repúblicas de Asia Central (ex soviéticas) que están profundamente integradas -en términos de comercio, inversiones y energía- al espacio económico ruso.

El golpe de Estado en Kiev (Ucrania) en febrero del 2014 contra un presidente autoritario y pro ruso -pero democráticamente elegido- fue la gota que colmó el vaso.

Produjo al poco tiempo la ocupación militar rusa de la península de Crimea y una insurgencia separatista pro rusa (apoyada subrepticamente por Moscú) en la región oriental de Ucrania (Donbas) donde la influencia demográfica, lingüística y económica rusa es predominante.

La respuesta de los aliados occidentales a la intervención militar rusa fue más retórica que práctica. A posteriori, se aplicaron sanciones económicas y financieras y se generó un ciclo de represalias y contra- represalias que contribuyeron a un severo deterioro de la relación entre Rusia y los aliados occidentales.

El statu quo actual representa una amenaza latente a la paz de Europa. La profundización del conflicto y un mayor distanciamiento entre los aliados occidentales y Rusia podrían generar en un futuro una alianza estratégica y militar entre Rusia y China. Este hecho tendría graves implicancias sobre el equilibrio geopolítico mundial.

El surgimiento de un escenario bipolar de competencia entre Estados Unidos y sus aliados por un lado, y China y Rusia por el otro, precipitaría al mundo a una nueva “Guerra Fría” con sus correlatos de alta incertidumbre, carrera armamentista y crecientes conflictos regionales y locales.

La creación de dos bloques antagónicos nos retraería a un mundo menos seguro y afectaría adversamente el enorme progreso económico y social global de las últimas décadas.

La situación sería especialmente negativa para países como la Argentina, cuyos intereses nacionales de largo plazo se benefician de una economía mundial abierta y de un escenario geopolítico multipolar (como bien lo demuestra nuestra historia económica y diplomática entre 1850 y 1940).

Para salir del atolladero actual, los Estados Unidos y sus aliados europeos deberían primero reafirmar su indeclinable compromiso a defender los países miembros de la OTAN de un ataque ruso, en particular a Polonia y a los países bálticos, que son susceptibles de dicha amenaza después de la penosa ocupación militar y política que impuso el régimen soviético durante casi cinco décadas.

Pero simultáneamente, deberían comprometerse a no extender la OTAN hacia la “periferia cercana” rusa, reconocer la anexión de Crimea y, a cambio de un retiro de la presencia militar rusa del territorio ucraniano, convencer al gobierno de Kiev para que otorgue un amplio margen de autonomía a sus provincias orientales.

En una segunda etapa, la incorporación de Rusia a un espacio europeo ampliado, inclusive a la OTAN (como propuso el ex presidente Bush padre y su secretario de Estado James Baker) contribuiría no solo a asegurar la paz en Europa sino también a una gradual liberalización del sistema político y económico ruso.

Rusia no es solo la patria de Putin, sino también una gran nación europea que, con los incentivos apropiados, podría gradualmente integrarse a una Europa ampliada y democrática, que iría desde el Atlántico hasta Vladivostok.